Autora best seller del New York Times

ROBYN CARR

Un lugar escondido

Una novela de Virgin River

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2012 Robyn Carr
© 2015 Harlequin Ibérica, S.A.
Un lugar escondido, n.º 191 - mayo 2015
Título original: Hidden Summit
Publicada originalmente por Mira Books, Ontario, Canadá.
Traducido por Victoria Horrillo Ledesma

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, TOP NOVEL y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-5519-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Si te ha gustado este libro…

Capítulo 1

Brie Valenzuela apuró su café con leche y miró la taza vacía. Llevaba más de una hora esperando en aquella cafetería. Intentaba parecer enfrascada en su periódico, pero con el paso de los minutos había ido inquietándose cada vez más. El hombre con el que iba a reunirse era el testigo de un caso de asesinato y necesitaba un lugar donde ocultarse. Brie tenía que proporcionarle un sitio donde vivir y un trabajo en Virgin River. Era un favor que le había pedido uno de sus colegas de la oficina del fiscal del distrito de Sacramento, y cuando un testigo llegaba tarde a una reunión con su contacto había motivos para preocuparse.

Brie deseaba telefonear a Sacramento, pero no quería alarmar a nadie. Pidió al camarero otro café con leche.

Aquel testigo, conocido ahora como Conner Danson, había visto cómo un empresario de Sacramento muy conocido disparaba a otro hombre. Danson había salido a tirar la basura a la parte de atrás de su ferretería cuando había tenido lugar el asesinato y lo había visto todo. Había avisado a la policía y se había convertido en el único testigo del crimen. Gracias a que había avisado rápidamente habían podido encontrar rastros de sangre en el coche del empresario, pero no el arma del delito. Las pruebas de ADN habían demostrado que la sangre era de la víctima. Poco después de la detención, la ferretería de Danson había ardido hasta los cimientos y alguien había dejado un mensaje amenazador en el buzón de voz del teléfono de su casa: «Esta vez te has librado de la quema, pero la próxima vez no te nos escaparás».

Evidentemente el presunto asesino, Regis Mathis, era un pilar de la comunidad muy bien «relacionado».

Uno años atrás, Brie había trabajado como ayudante del fiscal del distrito con Max, oficialmente Ray Maxwell, que ahora era el fiscal del distrito. Max había tenido problemas con el anonimato de otros testigos y sospechaba que había alguna filtración en su departamento o en la policía. Como era un hombre cauteloso, había creado su propio programa de protección de testigos. No quería arriesgarse a perder al único testigo de un asesinato de relevancia. Virgin River era una opción excelente.

Pasaron otros veinte minutos antes de que se abriera la puerta y entrara un hombre, pero lo primero que pensó Brie fue que no podía ser el testigo. En primer lugar, era demasiado joven para ser el próspero propietario de una ferretería que surtía a constructores de casas de encargo. Aquel tipo no podía tener más de treinta y cinco años. Y, a falta de una descripción más refinada, estaba como un tren. Medía cerca de un metro noventa, tenía la complexión de un atleta y los músculos se le marcaban en la camiseta blanca que llevaba debajo de una chaqueta de cuero abierto. Espaldas anchas, caderas estrechas, vaqueros de cintura baja, piernas largas. Aunque en aquel momento tenía cara de pocos amigos, su rostro era perfectamente simétrico: mandíbula cuadrada, nariz recta, cejas gruesas y ojos azules oscuros. Lucía un bigote y una perilla muy bonitos y bien recortados.

Levantó la barbilla indicando a Brie. Ella se levantó y el hombre se acercó. Brie abrió los brazos.

—Dame un abrazo, Conner. Como si fuéramos viejos amigos. Soy Brie Valenzuela.

Él obedeció con cierta reticencia y rodeó con los brazos su cuerpo delgado y esbelto.

—Encantado de conocerte —dijo en voz baja.

—Siéntate. Voy a pedirte un café. ¿Cómo te apetece?

—Solo.

—Entendido —se acercó al mostrador, pidió, recogió el café y volvió a la mesa—. Bueno —dijo—, somos más o menos de la misma edad. Podríamos pasar por amigos de la facultad.

—En realidad, no fui a la universidad —contestó él—. Estuve solo un semestre.

—Con eso basta. ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y cinco.

—¿No eres un poco joven para tener un negocio tan exitoso?

—Dirás que lo tenía antes —repuso con expresión sombría—. Era de mi padre. Murió hace doce años, pero yo me crié en esa tienda. Me hice cargo de ella.

—Entiendo. Bueno, entonces somos amigos de la facultad. Has venido aquí en busca de algo un poco distinto después de que cerrara la empresa de construcción para la que trabajabas en Colorado Springs. En este sobre hay una descripción detallada de tu historia, aunque estoy segura de que Max ya te lo habrá explicado todo.

Él asintió con la cabeza.

—También me dio mi nueva documentación. Esta mañana recogí la camioneta en Vacaville.

—Te he reservado una cabaña pequeña. Muy pequeña, pero cómoda. Va a ser algo temporal, es lo que puedes decirle a la gente. Y un amigo mío, Paul Haggerty, es constructor. Te dará trabajo. Puede mantenerte en plantilla todo el verano si es necesario. En esta época del año es cuando más trabajo tiene. Así que tienes seis meses, pero no vas a necesitar tanto tiempo. Espero.

—¿Quién sabe lo mío? —preguntó él.

—Mi marido, Mike, y yo. Es conveniente que lo sepa Mike. No es un policía de pueblo, es un detective de la policía de Los Ángeles con mucha experiencia. Por lo demás, gozas de completo anonimato. Mira, siento que tengas que pasar por esto, pero, de parte del ministerio fiscal, gracias por acceder a declarar.

—Señora, no me dé las gracias. No me ha quedado otro remedio —repuso él—. Y no se acerque a mí en medio de una tormenta eléctrica porque en este momento soy como un imán para los rayos. Mi vida se ha ido al infierno este último año.

Brie arrugó el ceño.

—No me llames «señora» —dijo—. Me llamo Brie y te estoy ayudando. Muestra un poco de gratitud. No eres la única persona de este mundo que ha tenido mala suerte. Yo también he pasado lo mío. Bueno, tengo un teléfono móvil nuevo para ti. Aquí está el número. También le hemos proporcionado uno a tu hermana. El prefijo de ambos números es el de Colorado Springs, y la oficina del fiscal del distrito se encarga del seguimiento. No tienes cobertura en las montañas, en el bosque, ni en el pueblo de Virgin River, pero sí aquí, en Fortuna, o cuando salgas a alguna obra a zonas despejadas. Y —añadió deslizando hacia él el grueso sobre— aquí están las indicaciones para llegar a las cabañas Riordan y a la oficina de Paul Haggerty. También para llegar al bar parrilla de Virgin River. Se come bien. No te emborraches y te vayas de la lengua o seguramente tendrás que mudarte otra vez. Si vives para contarlo.

—Yo no me emborracho.

—Mejor que mejor —masculló ella—. Si necesitas algo, llama a este número. No llames a la oficina del fiscal. Él contactará contigo a través de mí. Esto es muy serio, Conner. No tienes alternativa. Testifiques o no, el hombre al que viste cometer un asesinato dispone de medios para eliminarte. Las autoridades siempre han sospechado de él aunque dé una imagen de honradez.

—Que conste —dijo él— que, si no fuera por mi hermana y mis sobrinos, me encararía con él, primero porque soy ese tipo de hombre y, segundo, porque ya no me importa nada.

—Katie podría ser una víctima colateral por el solo hecho de ser de tu familia. Recuerda: cuando hables con tu hermana, nada de pistas acerca de tu paradero. No hables de zonas horarias, ni del tiempo, ni del paisaje. No menciones, por ejemplo, los bosques de secuoyas. No tiene sentido arriesgarse. Vamos a acabar con esto de una vez, ¿de acuerdo?

Él levantó su taza de café en un brindis silencioso.

—Sí.

—Instálate en tu cabaña. Ve a ver a Paul e incorpórate al trabajo. Cuando te hayas instalado, te invitaré a cenar. Quizá te relajes un poco si hablas con Mike.

—Si tuvieras idea de cómo ha sido este último año…

Brie puso la mano encima de la suya y dijo con voz firme:

—No me cabe duda de que ha sido un infierno. ¿Puedo recordarte que le estoy haciendo un favor a un viejo amigo? Me estoy jugando el cuello por el fiscal del distrito porque es un buen hombre y porque le debo un favor. Aquí tenemos una misión. Somos amigos de la facultad, así que procura mostrarte amable conmigo. No quiero que ni mi hermano ni mis amigos íntimos empiecen a preguntarse por qué te he buscado un sitio donde vivir y un trabajo siendo tan capullo. Así que…

—¿Tu hermano vive por aquí?

—Sí. Antes yo trabajaba como ayudante del fiscal del distrito en Sacramento, pero ahora trabajo por mi cuenta, estoy casada y tengo una niña pequeña. Vine aquí a esconderme mientras me preparaba para testificar contra un violador. Después del juicio, me quedé.

Conner tragó saliva audiblemente.

—Conque un violador, ¿eh? ¿A quién violó?

—A mí —contestó ella—. Primero esquivó la condena. Yo era la fiscal del caso. Luego me violó e intentó matarme. Así que ya ves que algo sé de lo que estás pasando…

Conner se quedó callado un rato. Desde hacía unos cuantos años, era el sostén principal de su hermana y sus sobrinos. No podía evitar preguntarse cómo se habría sentido si Katie hubiera pasado por algo así. Se le revolvió el estómago. Por fin tragó saliva con dificultad y preguntó:

—¿Lo condenaron?

—A cadena perpetua, sin condicional.

—Me alegro por ti.

—Esa perilla —dijo Brie—, ¿es nueva?

—Me sugirieron que cambiara un poco de aspecto —contestó.

—Entiendo. Bueno, sé que vas a necesitar un tiempo para aclimatarte. Llámame si te pones nervioso, pero de mo-

mento intenta disfrutar de esta zona. Es increíblemente bonita. Podría haber sido mucho peor.

—Claro —contestó—. Y siento mucho que tuvieras que pasar por lo que pasaste.

—Fue horrible. Pero ya pasó, como esto pasará pronto para ti. Puedes empezar de cero. Y Conner… No tienes mala planta, pero este no sería buen momento para enrollarte con nadie, tú ya me entiendes.

—No hay problema. No tengo intención de hacerlo.

—Muy bien —Brie se levantó—. Abrázame como si fuéramos buenos amigos.

Conner abrió los brazos.

—Gracias —dijo con voz ronca.

Conner siguió las indicaciones para llegar a Virgin River. Conner Danson había sido antes Danson Conner, propietario de la ferretería Conner, de modo que el cambio de identidad había consistido en una simple inversión de su nombre y su apellido. Así le sería más fácil acostumbrarse. Danson era un viejo nombre de familia, procedente de algún tatarabuelo suyo. Sus padres, su hermana, sus sobrinos y su exmujer siempre lo habían llamado Danny. Pero en el trabajo lo llamaban Conner o a veces Con, o incluso Connie, unos cuantos. No le costaría acostumbrarse a responder a su nuevo nombre. Era alto, de pelo castaño y ojos azules y tenía una pequeña cicatriz encima del ojo derecho, un diente ligeramente torcido y un hoyuelo en la mejilla izquierda.

Los cinco años anteriores habían sido muy duros y el año anterior una pesadilla.

Su hermana Katie y él habían heredado el negocio de su padre: la ferretería y carpintería Conner. Dedicarse a la construcción y llevar una ferretería no era coser y cantar: era un trabajo duro. Se había ganado a pulso su musculatura. Hacían trabajos de carpintería y ebanistería y vendían herramientas y materiales de construcción, accesorios y madera para construcción. Conner se había dedicado por

completo al negocio, que por entonces tenía diez empleados, y su hermana Katie se había hecho cargo de las cuentas, principalmente desde casa para poder ocuparse de sus hijos gemelos. El negocio iba bien y su género era de la mejor calidad.

Cuando Conner tenía treinta años, el marido de Katie, que era militar, había muerto en combate en Afganistán. Ella tenía entonces veintisiete años, estaba embarazada y a punto de dar a luz. En aquel momento, Conner había tenido que hacerse cargo de su sustento. No podían vender el negocio familiar: era su única fuente de ingresos. Y Katie no podía dedicar suficiente tiempo al trabajo, teniendo dos hijos pequeños. Así que Conner se había volcado aún más en el negocio, su hermana solo trabajaba a tiempo parcial y él se había esforzado sin descanso para que Katie y los niños pudieran vivir en su propia casa y ser independientes.

Habían sido días muy largos y agotadores. A menudo, Conner se sentía como si estuviera casado con una tienda y, aunque quería mucho a su familia, no tenía vida propia. Aun así, nunca le molestaba el trabajo duro y había conservado su sentido del humor y su simpatía. A sus clientes y empleados les agradaban su risa y su actitud positiva. Pero él necesitaba algo más.

Entonces, había encontrado a la mujer perfecta: Samantha. La bella, divertida y sexy Sam, con su pelo largo y negro y su sonrisa hipnótica. Acostarse con ella había sido como una revelación. Era una decoradora estupenda y había ayudado a Katie a amueblar su casita de tres habitaciones en un santiamén. Deseaba constantemente a Conner. Adoraba el sexo.

Vaya si lo adoraba.

Un año después de casarse con ella, Conner había descubierto que lo engañaba. Y no con un solo tío, sino con todos los tíos a los que conocía.

—Está enferma —le había dicho Katie—. Ni siquiera es que sea infiel, es que es una adicta al sexo.

—No creo que existan las adictas al sexo —había contestado Conner.

—Necesita ayuda.

—Pues que le vaya muy bien.

Se habían divorciado, por supuesto. Conner había acabado pagándole un costoso tratamiento psicológico, pero se había librado de tener que pagarle una pensión compensatoria. Todavía no se había recuperado de aquel golpe cuando las cosas habían empeorado.

Solo había salido a tirar la basura al contenedor del callejón de detrás de la tienda. Un hombre había salido de un coche negro grande, se había acercado al lado del copiloto, había abierto la puerta y disparado a la cabeza del pasajero. Conner se había agachado detrás del contenedor mientras el asesino, al que por desgracia había visto con toda claridad, sacaba el cuerpo de la víctima y utilizaba el contenedor como ataúd. Luego había vuelto a meterse en su cochazo y había salido del callejón a oscuras.

De haber sabido lo que iba a ocurrir, Conner habría hecho las cosas de manera muy distinta, porque había visto al hombre, la matrícula de su coche y el cadáver. Seguramente habría sido mucho más sencillo fingir que no había visto nada, pero llamar a la policía había sido su reacción automática. Por desgracia, su nombre había aparecido en la orden de detención: solo así había conseguido la policía que la firmara el juez. Un par de días después, alguien había prendido fuego a su ferretería, que había ardido hasta los cimientos.

En aquel momento, hasta la decisión de no testificar habría llegado demasiado tarde. El señor Regis Mathis era un hombre muy importante en Sacramento. Apoyaba a políticos muy conocidos y patrocinaba obras de caridad católicas. Los federales lo habían investigado un par de veces por evasión de impuestos, naturalmente, y tenía fama de especulador, pero también era un promotor inmobiliario con mucho éxito que vendía pisos en urbanizaciones con campo de golf. Nunca había sido imputado.

La víctima, que había sido encontrada amordazada y con las manos y los tobillos atados con cinta aislante, era todo lo contrario: Dickie Randolph era un matón de clase obrera,

dueño de varios establecimientos de dudosa reputación como salones de masajes, clubes de striptease y bares de copas, todos ellos sospechosos de encubrir actividades ilegales como la prostitución o el tráfico de drogas. Aquellos dos hombres no tenían nada en común, pero se sospechaba que algo les unía: una complicidad que sería difícil o imposible de demostrar.

Nada más recibir aquella amenaza telefónica, Conner y Max, el fiscal del distrito, habían mandado a Katie y a los niños a Burlington, Vermont. Max sabía de una casita en alquiler allí, propiedad del amigo de un amigo, y ese mismo amigo les había buscado a un dentista pediátrico que estaba buscando una contable. Katie viviría cómodamente, tendría trabajo y estaría muy, muy lejos.

Aunque Conner no quería quedar mal con su anfitriona, Brie Valenzuela, le resultaba difícil mostrarse alegre. Había perdido demasiadas cosas. Echaba de menos a Katie y a los niños. Iba a tener que trabajar en la construcción una temporada antes del juicio y luego tendría que buscar un lugar donde instalarse definitivamente antes de que Mathis pudiera cobrarse su venganza.

Él, que siempre había sido tan optimista, ya no lo era.

Pero mientras se dirigía a las cabañas situadas junto al río, el sol se abrió paso entre las nubes y un rayo dorado atravesó el majestuoso bosque de secuoyas. Era principios de marzo y el tiempo aún estaba húmedo y frío, pero aquel rayo de sol prometía. Había llovido hacía poco y el verde era tan denso y brillante que le sorprendió la belleza natural de aquel lugar. Tal vez, pensó… «Tal vez este no sea el peor lugar del mundo para exiliarse». El tiempo lo diría.

Paró frente a la casa y las cabañas. Era un complejo pequeño y apacible, lleno de verdor y con el río muy cerca. Cuando salió de la camioneta, un hombre se acercó tendiéndole la mano.

—Tú debes de ser Conner.

—Sí, señor —dijo.

El desconocido se rio.

—Empieza a llamarme «señor» y me olvidaré de que ahora soy un civil. Soy Luke Riordan. Shelby, mi mujer, y yo nos encargamos de las cabañas. La número cuatro está abierta, pero la llave está colgada de un gancho junto a la puerta. No servimos comidas, pero tenemos teléfono por si necesitas encargar algo. Hay conexión a Internet por satélite, en caso de que hayas traído un portátil. Y una cocinita y una cafetera, aunque creo que esta noche será mejor que vayas a cenar al bar de Jack. Está en Virgin River, a diez minutos de aquí por la Treinta y Seis. La comida es estupenda y la compañía no está mal.

—Gracias, le echaré un vistazo. ¿Las demás cabañas están llenas?

—No, qué va, ahora mismo no hay casi nadie. La temporada de caza ha terminado y la pesca acaba de empezar. La temporada de caza del ciervo comienza en otoño, y en enero tenemos la de la polla de agua. La pesca del salmón está en su punto álgido entre finales de verano y diciembre. Luego baja en picado. Los veraneantes empezarán a llegar dentro de un par de meses, así que entre junio y enero tenemos mucho jaleo. Estos meses de invierno los dedico a hacer reparaciones y mejoras.

—Esto es muy húmedo —comentó Conner.

—La lluvia aflojará en abril. Si amanece algún día seco, puedes usar la barbacoa cuando quieras. Está ahí, en el almacén. También hay cañas y carretes de sedal. Sírvete tú mismo.

Conner casi sonrió.

—Alojamiento con todo incluido.

—De eso nada, amigo mío. Nosotros nos ocupamos de las sábanas cuando te marchas, pero como puede que estés aquí una temporada tendrás que usar la lavadora y la secadora que hay en la cabaña. Tenemos un ayudante, Art, que puede limpiar un poco si necesitas ayuda. Ya sabes: el baño, el suelo, la ducha, esas cosas. Hay un cartel que puedes colgar en la puerta si necesitas que entre a limpiar. Es discapacitado, tiene síndrome de Down, pero es muy listo y competente. Un buen chico.

—Gracias, pero llevo bastante tiempo limpiando la casa yo mismo. Me las arreglaré.

—Deja que te ayude a descargar —se ofreció Luke.

—Creo que voy a instalarme y a ir a tomar una cerveza y algo de comer.

—Buena idea. ¿Sabrás volver aquí?

—Creo que sí. ¿Hay que girar a la izquierda en la secuoya muerta?

Luke se rio.

—Así llegarás a casa, sí.

A casa. Su casa era solo un recuerdo. Pero Conner dijo:

—Gracias.

Luke lo ayudó a llevar un par de macutos y cajas a la cabaña, le estrechó la mano y volvió a su casa, con su familia. Solo de nuevo, Conner sacó algo de ropa y la colocó en la única cómoda que había en la habitación. Enchufó su ordenador portátil para que se cargara. Katie y él habían cambiado todas su cuentas, sus nombres de usuario y sus contraseñas. Aunque Brie no había dicho nada, el fiscal del distrito le había dicho que podían mantenerse en contacto a través de Internet, pero le había aconsejado que no utilizaran sus nombres ni sus contraseñas anteriores, y que se resistieran a la tentación de utilizar Skype por si acaso su acceso a Internet estaba pinchado.

Los restos de la ferretería habían sido arrasados y ya solo quedaba el solar, pero por suerte estaba muy bien situado. Conner disponía del dinero del seguro para reconstruir el negocio. Lo había metido en un fondo de inversiones usando su nueva identidad y estaría allí, esperándolo, cuando acabara aquella pesadilla. Con su parte de la venta del solar y el dinero del seguro podría empezar de nuevo. Pero no en Sacramento, donde había pasado toda su vida excepto los dos años que había estado en el Ejército.

Llegó al pequeño bar de Virgin River justo antes de las seis y estuvo a punto de sonreír de admiración. Conner era, en el fondo, un ebanista, y aquel establecimiento estaba muy bien montado. La barra era una magnífica pieza de ebanistería. Había alguien en aquel local al que le entusias-